

Imágenes y espejismos del naufragio: el relato periodístico progresista en la Argentina, 2000-2003

Eduardo Minutella UNTREF/TEA

Abstract

A comienzos del siglo XXI, el discurso periodístico acerca del progresismo experimentó una serie de transformaciones en la Argentina. Organizados a lo largo de la década de 1990 en torno a la oposición al gobierno de Carlos Menem, en el contexto del cambio de siglo muchos de los periodistas que enunciaban públicamente desde posiciones progresistas comenzaron a cuestionar a la “clase política” en su conjunto. A medida que el gobierno de Fernando de la Rúa y el país se precipitaban en la crisis, publicaciones como el diario Página/12 y los semanarios Trespuntos, Veintitrés y Trespuntos dieron cuenta de esos cambios desde posiciones disímiles, pero que, sin embargo, guardaban algunos elementos en común: la apelación a “especialistas” que dieran cuenta del porqué de la situación que atravesaba el país, el cuestionamiento a las dirigencias partidarias —a menudo esgrimido en clave ética—, la construcción de personajes ejemplares presentados como modelos sociales alternativos, y la construcción de un nosotros y un ellos que buscaba definir las coordenadas progresistas y antiprogresistas del momento. Para dar cuenta de esos cambios, analizaré una serie de notas de tapa y secciones publicadas en Trespuntos, Veintitrés y TXT entre los años 2000 y 2003, y una serie de columnas publicadas en Página/12 por la periodista Sandra Russo.

I. Introducción

El progresismo es un significante omnipresente en el debate político argentino contemporáneo. Ya sea para reivindicarlo o para cuestionarlo, se lo suele encontrar a diario en las alocuciones de periodistas y analistas políticos, o en las consignas de militantes y dirigentes de diversas fuerzas. Sin embargo, a pesar de la incontestable pregnancia y actualidad del concepto, los abordajes académicos que han tratado de dar cuenta de su relevancia en la historia reciente son escasos. En el siguiente texto voy a analizar algunas modulaciones del discurso progresista entre los años 2000 y 2003, es decir, un tiempo signado por la recesión y la crisis. Con ese fin, analizaré la prensa de masas que se publicó en este periodo que, como todo periodo crítico, fue propicio a desplazamientos y transformaciones. Esta ponencia entronca con algunos trabajos en los que he intentado abordar la cuestión (primero con María Noel Álvarez y luego con Fernando Manuel Suárez) y dialoga con los aportes realizados por colegas de la sociología, la antropología y la ciencia política.

Organizaré mi exposición en tres partes. En la primera, daré cuenta de algunas especificidades y características de la prensa “progresista” argentina desde la formación de la Alianza hasta el año 2001. En la segunda, analizaré tres intervenciones de periodistas “progresistas” para intentara dar cuenta del porqué de la crisis que afectaba al país. En la tercera, analizaré el modo en el que los semanarios políticos “progresistas” *3 puntos*, *Veintitrés* y *TXT* cubrieron las campañas electorales

de los candidatos asociados con aquel signo en las elecciones de 2003: Néstor Kirchner y Elisa Carrió.

La palabra “progresista” se ha utilizado en la Argentina con cierta regularidad desde fines del siglo XIX. Usualmente, era empleada por intelectuales, periodistas o dirigentes partidarios para dar cuenta de posicionamientos favorables a las transformaciones sociales, económicas o políticas, con la convicción de que contribuirían al mejoramiento de las sociedades. En todos los casos, ese uso quedaba asociado a la idea de favorecer *lo nuevo* o *lo modernizador*, y al distanciamiento respecto de posiciones conservadoras¹. Mientras que el progresismo no se constituía como una identidad política de perfiles definidos, podía aparecer, en cambio, como una condición complementaria de otras más consolidadas. Se podía formar parte del “ala progresista” de determinada fuerza política, pero la identidad primaria era siempre otra: por ejemplo, radical, conservadora, socialista o peronista. Esta situación comenzó a cambiar en las décadas finales del siglo pasado, sobre todo a partir de la recuperación democrática y, más específicamente, en la década de 1990, cuando la palabra “progresista”, que se había utilizado principalmente como adjetivo, comenzó a emplearse cada vez más como sustantivo: así, fue posible ya no solo adherir a posiciones progresistas, sino *ser un progresista*. En un periodo relativamente corto, el término comenzó a utilizarse con asiduidad, tanto entre dirigentes y militantes como en los medios de comunicación, a menudo en ese uso sustantivado que se haría tan común en la década siguiente. A partir de la segunda mitad de aquella década, el “progresismo” irrumpió en el discurso público como un significante difuso pero reconocible y cada vez más presente. Inicialmente, los periodistas que se identificaban a sí mismos como “progresistas” o escribían en semanarios políticos que recurrían a esa etiqueta para posicionarse en el mercado fueron opositores al gobierno de Carlos Menem y, en términos más generales, cuestionaron con más o menos énfasis tanto a los discursos neoliberales como a los conservadores. En una era caracterizada por una menor movilización político-partidaria, quienes se identificaban con el discurso “progresista” se referenciaron en algunos dirigentes y fuerzas políticas, pero también en un discurso que algunos medios, como *3 puntos*, *Veintitrés* y *Página/12*², recogían, a la vez que amplificaban y contribuían a reconfigurar. Aquellas publicaciones orientadas a un universo de lectores amplio, adscribían por entonces a una serie de ideas sobre la transparencia en la gestión pública, el cuestionamiento a los efectos sociales de las políticas de ajuste, y el respeto por la institucionalidad, las libertades y los derechos humanos.

¹ Desde fines del siglo XIX, el concepto se utilizaba a menudo como sinónimo de “liberal”, como puede verse, por ejemplo, en textos de Francisco Barroetaveña o José Ingenieros.

² El diario *Página/12*, ícono de la prensa progresista de la década de 1990, fue fundado en 1987 por Jorge Lanata y había encabezado desde sus orígenes la renovación de las prácticas periodísticas en la Argentina. Las revistas *Trespuntos* y *Veintiuno* comenzaron a salir respectivamente en 1997 y 1998. Por su parte, *TXT* comenzó a salir en el año 2003.

En un contexto de fuertes transformaciones socioeconómicas y políticas, el discurso público de los medios “progresistas” se había constituido como entidad en construcción permanente, muchas veces guiada por la exploración y la incertidumbre, antes que como una unidad orgánica y coherente. A pesar de que los actores involucrados en la producción de medios “progresistas” poseían diferentes historias, trayectorias e ideologías, convergían en torno a algunos tópicos centrales: la defensa del “periodismo independiente”, la memoria reciente de haber sido opositora al gobierno de Carlos Menem y al “menemismo”, la desconfianza o la crítica creciente hacia los partidos políticos “tradicionales”, la vocación por presentarse públicamente como “fiscales” y antagonistas éticos de determinados sectores políticos, e incluso de la “clase política” en su conjunto.

La crisis del gobierno de la Alianza, iniciada a poco de la asunción del presidente De la Rúa y consumada en diciembre de 2001, fue el contexto en el cual los consensos más o menos tácitos del periodismo “progresista” forjado en el antimenemismo comenzaron a astillarse. Cuando llegó al gobierno Néstor Kirchner, en mayo de 2003, ese espacio de enunciación que se había sedimentado temporariamente en oposición a Carlos Menem, ya daba señales de fragmentación. La indagación de los modos en los que la prensa “progresista” contribuyó a construir sentidos asociados con aquel ideario puede ayudar a dar cuenta de dos cuestiones fundamentales para una mejor comprensión del periodo. Por un lado, permite caracterizar las razones de las frustraciones y el desencanto generados por la experiencia de gobierno de la Alianza en una parte del espacio de centroizquierda. Por otro, abre vías para analizar las causas de la incertidumbre y el desconcierto que caracterizaron al discurso público de la centroizquierda luego del estallido de diciembre de 2001. Pero, además, volver sobre aquellas publicaciones resulta útil para caracterizar un momento específico de la historia del periodismo, forjado sobre premisas profesionales y criterios de asociación que, a partir de 2003, comenzarían a cambiar en forma más drástica.

II. De la prensa “antimenemista” al desencanto de la Alianza

Como señalé anteriormente, en esta ponencia, inscripta en el marco más amplio de mi investigación de tesis, analizaré la producción de tres periodistas identificados con la prensa “progresista” de la época: Jorge Sigal, Jorge Lanata y Sandra Russo. Todos ellos integraron redacciones de medios “progresistas” en un momento en el que el periodismo político y de investigación atravesaba su apogeo (Wortman, 2007; Pereyra, 2013). Aquella tendencia permitió que muchas de las figuras más salientes de la profesión aparecieran autoinvestidas como “fiscales” de la República ante una Justicia a la que gustaban presentar como “adicta al Ejecutivo”. Tanto la revista *Trespuntos* (luego *3 puntos*), donde escribía Jorge Sigal, como *Veintiuno* (luego *Veintidós* y *Veintitrés*), dirigida por Jorge Lanata, entroncaron con esa forma “fiscalista” de entender al periodismo, aunque en cada caso con especificidades propias. Por su parte, el diario *Página/12*, en el que escribía Sandra Russo, apareció ante el público como el

abanderado de esa práctica; para los profesionales de la época, *Página/12* se había convertido en una escuela informal de periodismo de investigación. En todos los casos, se trataba de espacios de enunciación identificados de modo más o menos enfático con el “progresismo”. Y en la línea editorial de todos ellos, ocupaban un lugar relevante las cuestiones en torno a la idea de transparencia en la gestión pública y crítica de las prácticas ilegales (reales o imaginadas) de los gobernantes.

La corrupción se convirtió en una palabra habitual del vocabulario político de muchos argentinos desde comienzos de 1990 (Blanco, Germano, 2005). Según el politólogo Sebastián Pereyra, de acuerdo con un estudio de Latinobarómetro, en el año 1997 el 88% de las personas encuestadas sobre corrupción en la Argentina sostenía que aquel problema era muy importante. Por supuesto que la corrupción y sus consecuencias sociales no era un tema exclusivo de la Argentina. Concebida como un “problema público” (Pereyra, 2013), también ocupaba un lugar relevante en el debate público en países como Francia e Italia, o, en América latina, Brasil, Perú y Venezuela. Luego del derrumbe del bloque soviético habían ganado espacio asuntos que parecían afectar a la ciudadanía en su conjunto. En ese contexto, la agenda de la transparencia apareció como un recambio posible para las discusiones en torno a cuestiones ideológicas más tradicionales.

En la prensa progresista de los años 90³, la crítica a la corrupción había ganado relevancia especialmente a partir de los procesos de privatización de empresas públicas que se realizaron en el contexto de aplicación de la llamada Ley de Reforma del Estado (Pucciarelli, 2011; Corral, 2015). En el primer lustro de aquella década, el diario *Página/12* —principalmente a través de su periodista más reconocido, Horacio Verbitsky— había sido el principal ámbito de investigación y denuncia del modo en que se realizaron aquellas transferencias, como así también de los denominados *casos* (Pereyra, 2013), como el *Swiftgate*, el *Yomagate* o el *IBM- Banco Nación*. Las revistas retomaron esa impronta en la segunda mitad de la década, cuando el gobierno comenzaba a dar señales de agotamiento. Cuando aumentó el descontento hacia el gobierno de Menem, el mercado para una prensa opositora de signo “progresista” se hizo más grande, y los medios “antimenemistas” ofrecieron posibilidades atractivas para los periodistas de la época: por un lado, oficiaron como sucedáneos de la militancia y brindaron prestigio simbólico a quienes

³ Me refiero, entre otros, al diario *Página/12*, las Revistas *Humor Registrado*, *La Maga*, *Trespuntos* y *Veintitrés*.

practicaban el oficio⁴; por otro, en un momento de gran expansión mediática, garantizaron oportunidades de empleo y sueldos atractivos⁵.

En el discurso periodístico “progresista”, el menemismo había aparecido a menudo como algo más que un gobierno; era un fenómeno excepcional que había transformado a la economía, la sociedad y la cultura de la Argentina.

En el discurso de denuncia de los medios “progresistas”, el periodismo se había imbuido de aspectos propios de la militancia social o partidaria: las publicaciones “combatían” mediante investigaciones y denuncias que buscaban “develar la trama oculta del poder” a un gobierno caracterizado como inmoral. En esa construcción periodística de un discurso “antimenemista”, los periodistas “progresistas” se posicionaban públicamente como contrapartes éticas de una política viciada, supuestamente encarnada por el gobierno de Carlos Menem. La oposición al gobierno de Menem incluso generó una fuerte identidad corporativa entre quienes se identificaban con el “progresismo”. La combinación de buenos salarios, reconocimiento público y certidumbre de que, al denunciar a un gobierno “inmoral” funcionaba, por oposición, como instancia para que los periodistas se erigieran como la contraparte virtuosa, y a menudo investida de heroicidad, del poder político.

La irrupción y posterior triunfo de la Alianza supuso desafíos para los medios gráficos progresistas, que debían adaptarse a la situación a hacer periodismo sin Menem, aunque aquel continuó apareciendo con regularidad en las páginas de los diarios y revistas progresistas hasta bien entrada la década siguiente. La Alianza era una coalición construida contra aquello que sus artífices caracterizaban como “el menemismo” (Pousadela, 2002; Dikenstein y Gené, 2014), es decir, lo mismo que habían manifestado “combatir” los periodistas “progresistas”. Sin embargo, el signo “progresista” de la coalición antimenemista constituía un retroceso respecto de la época del Frente Grande, e incluso respecto de la época del Frepaso (Corral, 2016). De la Rúa era visto como un candidato poco atractivo y excesivamente conservador, y así fue presentado por la prensa

⁴ Marcelo Zlotogwiazda, periodista económico de *Trespuntos* y *Veintitrés* e integrante de reconocidos programas de televisión, manifiesta al respecto: “Éramos héroes, nos paraban por la calle para saludarnos y agradecerlos” (entrevista, Buenos Aires, 8 de marzo de 2018). Por su parte, en su memoria periodística sobre aquellos años, la periodista de *Página/12* Graciela Mochkofsky escribió: “Los argentinos, por estos tiempos, aman a los periodistas. Les creen más que a nadie: que al presidente, aunque es fácil, porque él mismo ha dicho que mintió en todo para ganar las elecciones; que a los jueces, aunque tampoco es difícil, porque un ministro le ha escrito a otro, en una servilleta, la lista de los que fueron comprados por el gobierno; que a los sindicalistas, aunque quién le cree a los sindicalistas; que a los obispos, que antes fueron cómplices de los militares y ahora de Menem; que a los profesores, porque la educación está en crisis y hundiéndose por las políticas neoliberales. Todas las encuestas de opinión lo confirman: los periodistas son héroes. Todos quieren ser periodistas”. (citado en Álvarez y Minutella, 2019)

⁵ Tanto Ernesto Semán, integrante de la redacción de la primera *Trespuntos*, como Martín Caparrós, que escribía para *Veintitrés*, cuentan que era una época de buenos salarios para los periodistas, al menos en los medios más reconocidos. (entrevistas a Ernesto Semán, 19 de junio de 2018, y Martín Caparrós, 17 de octubre de 2018). Jorge Halperín sostuvo que *Trespuntos* incluso “pagaba salarios que estaban muy por encima de lo que se ofrecían en el mercado” (entrevista, 15 de septiembre de 2016).

“progresista”, esto no les impidió cierto acompañamiento, sobre todo por afinidad hacia los dirigentes de la coalición que integraban el Frepaso o el “ala progresista” de la UCR⁶.

Si los semanarios progresistas habían comenzado a salir en un momento en el que el discurso acerca del progresismo se imbricaba con el de la crítica al gobierno de Menem, la derrota del Frepaso en la interna de la Alianza y el rumbo del gobierno De la Rúa permitieron que esa crítica se extendiera hacia otros partidos y dirigentes. Aunque con distinto énfasis, casi desde su inicio, los semanarios hicieron hincapié en lo que presentaban ante sus lectores como “continuidades con el menemismo”. De ese modo, habilitaron la extensión de la crítica: las impugnaciones ya no recaerían sobre “el menemismo” sino sobre “los políticos”, la “clase política” o, sobre todo en el caso de la revista dirigida por Jorge Lanata, por momentos directamente sobre “la política”. A medida que la crisis del gobierno de la Alianza se precipitaba, algunos tópicos se hicieron cada vez más recurrentes en la prensa “progresista”. Entre ellos, se encuentran:

a. *La persistencia en la centralidad de las denuncias sobre corrupción y el carácter fiscalizador del periodismo:*

Durante el menemismo, prensa y dirigencia política “progresistas” habían compartido la predilección por una agenda que sobrerrepresentaba las preferencias de las minorías activas de algunos sectores y organizaciones de la sociedad civil (Peruzzotti, Smulovitz, 2002). Las asociaciones de ciudadanos estaban transformando el modo en el que se concebía el vínculo entre los votantes y los políticos. La mengua de la antigua solidaridad entre votantes y partidos daba lugar a una lógica signada por la fiscalización del modo en el que se resuelven los diversos repertorios de demandas (Torre, 2003). Así, el político era, ante todo, alguien que debía ser vigilado y, en caso de incumplimiento, castigado por un electorado informado e inscripto en lealtades políticas más móviles que en el pasado. En esa agenda, como señalé anteriormente, había ocupado un lugar relevante la cuestión de la crítica a la corrupción. Por eso, incluso en *Trespuntos*, un semanario que no había sido concebido como una revista centrada en el periodismo de investigación y denuncia, esto impregnó sus páginas más de lo que suelen reconocer⁷.

⁶ Ya bajo la dirección de Jorge Halperín, la nota de tapa del número 97 (13 de mayo de 1999) daba cuenta de la decepción que mostraba la publicación ante el liderazgo de De la Rúa: “¿Dónde pongo mi voto progresista?”. La ilustración, que aludía a una respuesta de Carlos Altamirano al director de la publicación ante esa pregunta, mostraba un trasero. Al interior de la revista, incluso se presentaba a Duhalde y De la Rúa como candidatos de la centro-derecha. En una de las notas de aquel número Juan Carlos Portantiero sostenía que la prioridad era derrotar a Menem. También para él, el progresismo debía ser entendido no como una ideología, sino como una “sensibilidad” que podía ir más allá de la izquierda, un progresismo que, en el contexto de los tardíos años noventa, no podía sino quedar subsumido en la realpolitik: Yo hubiera preferido algo más que esto, digamos, un discurso reformista socialdemócrata que, en las condiciones actuales del mundo, es el máximo posible. Pero, en política, salvo que uno quiera hacer una acción testimonial y quedarse con un porcentaje exiguo del electorado, es necesario ubicar en cada momento la opción que más se acerque al propio punto de vista. (*Trespuntos*, número 97, 3 de mayo de 1999)

⁷ Desde el comienzo, la publicación produjo notas de tapa que ponían la lupa en la opacidad de las prácticas de gestión de lo público y en las características (a menudo poco transparentes) de los contratos entre el Estado y el sector privado. Por ejemplo, ya la primera tapa de *Trespuntos* (10 de julio de 1997) estuvo

b. La profundización de una narrativa que opone a la “clase política” con “la gente”.

En el contexto de la crisis del gobierno de la Alianza, los medios “progresistas” no se distinguieron de otros de diferente signo en la generalización de la narrativa que presentaba a “la gente” como contracara de la figura del *político corrupto*. Ahora bien, ¿qué era la “gente”? Se trata de un sujeto colectivo indefinido que, según Vommaro (2008), comenzó a encarnar la idea de *demos* en detrimento de la de “pueblo” a partir del retorno democrático y, aun con más énfasis, desde la década de 1990. En ese desplazamiento que reemplazaba a colectivos preexistentes como “pueblo” o “clase” en beneficio de “gente”, se fue diluyendo —aunque con diferencias de un medio a otro— la especificidad de una mirada “de centroizquierda” en buena parte de la prensa progresista del cambio de siglo.

c. La especificación de un “otro periodístico”: la prensa antiprogresista

En el contexto de la crisis, la prensa “progresista” también definió su identidad periodística en relación con aquello que no era y a lo cual se oponían. En esa construcción se distinguían tres universos posibles. Uno de ellos era el de los medios a los cuales se caracterizaba como parte del *mainstream* periodístico, como el diario *Clarín* o la revista *Noticias*. Incluso, aunque el progresismo de *3 puntos* o *Veintitrés* —y en menor medida el de *Página/12*— era demasiado genérico, todavía se filiaba con mayor o menor énfasis en posiciones de centroizquierda, algo difícil de sostener en el caso de la revista dirigida por Jorge Fontevecchia o en el diario fundado por Roberto Noble, demasiado generalistas y pensados para públicos amplios y diversos.

El segundo universo, vinculado en algunos casos con el primero, era el de la concentración mediática. Así, los medios “progresistas” solían sacar notas e incluso tapas en las cuales cuestionaban el poder de grupos como el CEI⁸, el Multimedios América, y el Grupo Clarín.

El tercer universo, en cambio, se constituía en clave más ideológica, y lo integraban los medios caracterizados como “conservadores”, “reaccionarios” o “de derecha”; es decir, todo aquello que quienes se veían a sí mismos como progresistas elegían no ser. En este último grupo aparecían profesionales de larga influencia en el periodismo argentino, como Mariano Grondona o Bernardo Neustadt, pero también figuras como la de Daniel Hadad que, en el contexto de la crisis que

dedicada a la llamada “investigación Excalibur”, que revelaba una red de contactos telefónicos entre un empresario sospechado de incurrir en prácticas corruptas —Alfredo Yabrán— y altos funcionarios del gobierno de Carlos Menem. En el número 9 (4 de septiembre de 1997) se publicó una nota de Santiago O’Donnell, un especialista en periodismo de investigación, en la cual se denunciaba a los jueces de la Corte Suprema de Justicia de la Nación Adolfo Vázquez y Guillermo López por pedidos de coimas.

⁸El CEI (Citicorp Equity Investment) fue un grupo económico multinacional formado en 1991 constituido inicialmente como una división al interior del Citibank. Durante la década de 1990 tuvo gran relevancia en el área de medios y telecomunicaciones. En la Argentina, invirtió en Telefónica de Argentina (telefonía), Cablevisión (cableoperador) Editorial Atlántida (medios gráficos), Telefé (televisión) y Continental (radio).

signaba a la Argentina del cambio de siglo, se había consolidado como el más exitoso portavoz mediático de posiciones conservadoras o reaccionarias⁹. Para los medios “progresistas”, Hadad era el enemigo a la medida, ya que condensaba todos aquellos significantes con los cuales buscaban antagonizar: reclamos en favor de la “mano dura”, reivindicación de personajes vinculados con la última dictadura, xenofobia, concentración mediática y cercanía con el poder. Contra esos discursos, quienes manifestaban una sensibilidad “progresista” parecían reaccionar en bloque.

III. Jorge Sigal, Jorge Lanata y Sandra Russo: tres miradas periodísticas “progresistas” en la argentina de la crisis.

A continuación, analizaré el modo en que intentaron dar cuenta de la crisis tres periodistas identificados con el “progresismo”. Por entonces, todos se asumían como parte del diverso espectro del “progresismo” y la centroizquierda: Lanata con una sensibilidad que gustaba presentar como cercana a la de un *liberal* americano, Sigal como un ex comunista que había evolucionado en la década de 1980 hacia posiciones más cercanas a la socialdemocracia, y Sandra Russo como una periodista menos reacia al diálogo con el peronismo, la tradición “nacional- popular” y la valoración de la militancia de los años 70.

a. Jorge Sigal: la apelación a las voces autorizadas.

El periodista Jorge Sigal quedó informalmente al frente de la redacción de *3 puntos* durante el breve gobierno de la Alianza, luego de que abandonara el cargo su antecesor, Jorge Halperin. Durante la etapa en que condujo la publicación, la línea editorial de *Trespuntos* se organizó principalmente en torno a la idea de “crisis”, y el semanario explicitó su desconcierto ante la situación que atravesaba la Argentina. En ese contexto, un recurso habitual de la publicación fue recurrir a voces que se presuponían validadas para los lectores. Con ese fin, la revista convocó en forma permanente a académicos, escritores o columnistas de los grandes medios nacionales a los que solía presentar en términos genéricos como “intelectuales”. En el panorama de una Argentina sumida en la crisis económica y la deslegitimación de la dirigencia, los medios de comunicación y la industria editorial recurrían a aquellas figuras que aparecían como legitimadas para dar cuenta del porqué de lo que se caracterizaba como *fracaso argentino*. En *Trespuntos*, aquellas voces que podían darle sentido al caos del presente llegaron incluso a la tapa, como ocurrió con Horacio

⁹ Según Minutella y Álvarez (2019): “En 2002, Hadad ya era dueño de la exitosa AM Radio 10, por entonces líder de audiencia, la FM Mega 93.3 y el diario *Buenos Aires Económico*, y se aprestaba a lanzar un portal de noticias en Internet. Además, en sociedad con Raúl Moneta, había comprado canal 9. Su productora televisiva mantenía al aire productos como el sensacionalista *Impacto a las 12*, conducido por Mauro Viale, y *El Ángel de la Medianoche*, una usina de difusión de lugares comunes del discurso reaccionario protagonizada por Ángel Baby Etcheopar. Para 2002, *Después de hora*, el ciclo que conducía tenía un rating que promediaba los 8 puntos, un número muy considerable para la franja horaria de las 23 a las 24” (p. 140).

Verbitsky y Joaquín Morales Solá, a quienes se presentó como “los dos principales analistas políticos de Argentina” (número 240, 31 de enero de 2002), o con Juan José Sebreli y Tomás Abraham, en el número 283 (28 de noviembre de 2002), o Mempo Giardinelli y Miguel Bonasso (número 286, 19 de diciembre de 2002) Como ha señalado el antropólogo Sergio Visacovsky, la autoridad de la que gozaban estos enunciadores provenía de “la posibilidad de presentarse como ‘limpios’ por no ser considerados responsables del desastre” (2017, p.377). Algunas de las intervenciones de quienes solían ser convocados por los medios para diagnosticar los males de la hora a menudo se sintetizaron en libros que proveían, en términos de Visacovsky, verdaderas *teodiceas de la nación* para públicos amplios y no especializados¹⁰. Para Sigal, lo determinante para convocar a las figuras que protagonizarían las tapas de aquellos números no eran los posicionamientos o adscripciones ideológicas, sino la supuesta valía ética de los convocados. Sin embargo, todos ellos tenían en común su pertenencia más o menos orgánica al campo intelectual, la portación de un saber vinculado a la conjugación entre tradición libresca y participación en la discusión pública. En algunas ocasiones, los lectores incluso cuestionaron la excesiva “mirada intelectual” de la publicación y reclamaron más notas sobre cuestiones políticas y económicas¹¹. Al frente de la última *3 puntos*, Sigal transitó la Argentina posterior al estallido tensionando entre las simpatías hacia el movimiento asambleísta, el voluntarismo de apostar a fórmulas políticas que jamás se concretarían (el nacimiento de un PT Argentino liderado por Víctor De Gennaro de acuerdo con el modelo del que conducía Lula Da Silva en Brasil) o que solo existían en la imaginación de los editores de *3 puntos* (una fórmula presidencial integrada por Luis Zamora y Elisa Carrió), o el rescate de Elisa Carrió como figura política de referencia para la reconstrucción de una alternativa progresista. Para Sigal, se trataba de la dirigente con mejor imagen de la Argentina, y a comienzos de 2003 el semanario le atribuía características de personaje ejemplar. Por ejemplo, en abril de 2002, la llevó a tapa y cedió sus páginas para que publicara una “Carta urgente a mi país”. En el editorial que justificaba aquella decisión, el jefe de redacción Jorge Sigal escribió que aquello no constituía una adhesión política, sino que era “una forma de decir: aquel que tenga más autoridad que dé un paso al frente” (núm. 252, 25-4-2002). Retrospectivamente, Sigal manifiesta que:

mantuvimos un romance que no tenía nada que ver con ninguna negociación espuria, para nosotros era una persona carismática que se identificaba mucho

¹⁰ Sergio Visacovsky (2017) denomina *teodiceas de la nación* a las explicaciones que intentaban reconstruir el sentido del presente inscribiendo sus causas en problemas heredados de pasados más o menos remotos. Esas explicaciones, además, proveían visiones que alumbraban vías para salir de la crisis en el mediano plazo.

¹¹ “Nuestros intelectuales nos advierten de peligros que ya conocemos y nos llevan a impulsar planes de emergencia que nos conducen a una pérdida de energía muy grande”. Carta del lector Sergio Linares, *Trespuntos* número 286, 19 de diciembre de 2002.

con el público que nos leía. (...) Había un poco de dramatismo en la sociedad, y eso hizo que muchos de nosotros jugáramos en defensa del sistema democrático. Creíamos que estaba en riesgo el sistema democrático. Pero no era militancia, porque nosotros no participamos de las estructuras políticas.¹²

Así, el semanario progresista contribuía a la amplificación de la imagen de la dirigente del ARI no solo como garante excepcional de una política leída en clave ética, sino también de la institucionalidad republicana en su conjunto, un tópico sobre el cual la dirigente volvería una y otra vez.

b. Jorge Lanata. *Nosotros y ellos*. De la crítica de los políticos al cuestionamiento de la política.

A diferencia de 3 puntos, que en el contexto de la crisis buscó respuestas en las voces “autorizadas” de los intelectuales, la revista dirigida por Jorge Lanata se orientó hacia posiciones más enfáticamente críticas de los políticos. Así, contribuyó a la construcción de un *ellos* inescrupuloso e inmoral que se contraponía a un *nosotros*, la ciudadanía, caracterizado como pasivo e inocente.

Notoriamente, en el editorial de la edición del jueves 20 de diciembre de 2001, cuando ya había renunciado Cavallo, pero no De la Rúa, Lanata también aludió a la figura de Elisa Carrió, pero no para rescatarla como salvaguarda de la reconstrucción de una institucionalidad posible, sino para refrendar posiciones que tendían a impugnar a la dirigencia política en su conjunto.

Elisa Carrió me había dicho en un programa de televisión: hay que pulverizar a los políticos; esto no cambia si solamente se va Cavallo, porque De la Rúa, y Puerta, y Menem y todos son iguales. Acá hay que usar la lógica del puchero, dijo Carrió. Y yo le pregunté cuál es, y ella explicó: ¿Viste que arriba del puchero, cuando se enfría, se queda toda una capa gruesa de grasa? Bueno, a esa capa hay que sacarla toda y hay que recuperar la zanahoria y la verdurita¹³.

Para el director de la publicación, la recuperación de “la verdurita” empezaba por la movilización del “pibe de la ferretería que se quedó sin laburo”, “la chica del quinto piso que se duerme en la clase de inglés”, “las tres hijas del doctor”, “el matrimonio de porteros”, “las chicas del sindicato”, “los chicos de la facultad” o “el flaco que no puede zafarse de las changas”¹⁴. Es decir, la sociedad civil. Lo que parece otorgar valor a esta movilización que, según Lanata, podría engendrar una

¹² Entrevista a Jorge Sigal.

¹³ *Veintitrés* número 180, 20 de diciembre de 2001.

¹⁴ *Íd.* p. 3.

“nueva Argentina”, es su carácter de *autoconvocada*, es decir, no mediada por intereses político-partidarios (cursiva mía).

Lo que Lanata valoraba en Carrió era, sobre todo, la repercusión que generaban sus investigaciones y denuncias hacia empresarios, dirigentes políticos y funcionarios. Era la dirigente política que, desde un discurso progresista (que se iría mostrando cada vez más heterodoxo, aun para los parámetros del progresismo) atacaba a la clase política desde adentro.

En la primera mitad de 2002, la línea editorial de *Veintitrés* se mostró favorable al reclamo por la caducidad de todos los cargos que impulsaban dirigentes de diversas fuerzas (Quiroga, H., 2010).

El título de tapa del número 216, del 9 de agosto de 2002, era elocuente al respecto: “Que se vayan todos”, tituló la revista sobre una imagen en *collage* que incluía a políticos de todas las fuerzas. Y en la cabecera de la nota principal se afirmaba: “El país necesita revalidar todos sus cargos para fortalecer las instituciones democráticas” (pp. 4-5). La segunda nota que se anunciaba en aquella tapa era una entrevista al cantautor León Gieco, un ícono cultural que condensaba en el discurso público muchos de los tópicos de la sensibilidad progresista desde el retorno democrático, nuevamente presentado como la contraparte ética del político corrupto. Consultado en la nota sobre una eventual participación suya en política, Gieco respondía que no, porque carecía de los conocimientos y competencias necesarios para hacerlo, pero también porque para hacer política “hay que tratar con gente despreciable”. (número 216, 9 de agosto de 2002, p. 70)

c. Sandra Russo: los idiotas útiles de la derecha.

A diferencia las intervenciones de Sigal, que buscaba una respuesta “intelectual” a los problemas de la Argentina de la hora, o la de Lanata, que encontraba con demasiada facilidad una explicación de ese estado de cosas en un proceso secular de contraposición entre la “clase política” y “la gente”, Sandra Russo puso el acento en qué había ocurrido en el universo “progresista” para que aquel colapso haya sido posible. En su interpretación aparecen algunos tópicos que constituirían lugares comunes de las vertientes más “nacional-populares” del progresismo de las décadas siguientes. Entre ellos se encuentran a) el cuestionamiento al supuesto sobredimensionamiento de la idea de libertad en desmedro de la igualdad; b) la mirada crítica hacia la clase media; y c) la existencia de sectores autopercebidos como “progresistas” que, sobre todo a partir de la década de 1990, habrían funcionado como como “idiotas útiles de la derecha”.

a. Si el gran debate de buena parte de la izquierda occidental en las décadas de 1980 y 1990 fue cómo conciliar en forma más o menos armoniosa libertad e igualdad, en el contexto de la crisis de 2001 Sandra Russo estaba segura de una cosa: al menos en la Argentina, desde el retorno democrático de 1983 “nos embobamos con la idea de libertad como un valor que nos indujo a ser libremente descerebrados. Creímos, banalmente, estúpidamente, que éramos libres porque untábamos nuestras tostadas con mermelada húngara o porque nuestros hijos nos pedían un viaje a Orlando y eso no nos sonaba descabellado”. (Página/12, 16-01-2002) Para la periodista, aquello

había sido posible porque la política se había ido alejando lentamente de la idea de igualdad. Sobre ese avance de la libertad en detrimento de la igualdad se había construido “el modelo” que ahora se cernía sobre un “nosotros” que no es otro que la “clase media”.

b. Si para Lanata existía una especificidad que recorría a la argentinidad desde sus orígenes, que transformaba a los nacidos en el país indefectiblemente en “corruptos” o “boludos”, para Sandra Russo existía una “tara genética” que era específica de la clase media. Según la periodista, la crisis abría la oportunidad para que la clase media cambiara su mentalidad e imaginario. Para la autora, se trataba de un colectivo que había sido obnubilado por las “sirenas neoliberales” y que históricamente se había autopercebido como mejor que en lo que en realidad era: más *flaco*, más *rubio*, más *educado*, más *uropeo* (cursivas mías). “ha creído ver su destino atado a los de arriba y siempre ha despreciado a los de abajo”. Russo, que no reniega de su pertenencia a esa clase, exige en cambio una autocrítica: “admitir que no solo la *clase política* (cursivas mías) se ha comportado de manera miserable” (Página/12, 16-01-2002).

c. Esa clase media a la que le hablaba Sandra Russo en primera persona desde sus columnas en Página/12 no es otra que la clase media “progresista”. A esos “progresistas” dedicó su columna del 19 de mayo de 2002. Se trataba, según la columnista, de gente *sensata, educada, incluso bienpensante, instruida, informada, incluso bienintencionada*, pero que había transitado “de fracaso en fracaso” (Página/12, 31-03-2004, cursivas mías). Para Russo, el principal error del “progresismo”, principal proveedor de “idiotas útiles a la derecha”, era que al descartar la centralidad de la dualidad tradicional entre izquierda y derecha no habían reconocido que esta última había adoptado las formas de la globalización. Russo, sin embargo, oscila entre dos respuestas posibles para explicar el porqué de aquella “caída” que había sobrevenido junto con “la del Muro y la del pelo”. Como señalé anteriormente, una respuesta puede hallarse en la “tara genética” de la clase media (incluida la autopercebida “progresista”). En otras columnas, en cambio, aquello se debe al hecho de haber sido sucesivamente operados “por un grupo de formadores de opinión, a su vez ‘operado’ por el establishment” (Página/12, 31-03-2002)

La correlación entre crisis y responsabilidad del “progresismo” dejó de ser una alusión que aparecía en textos sobre otras cuestiones, o una alusión más o menos indirecta, como en “Idiotas útiles de la derecha”, para volverse el eje mismo de una columna en mayo de 2002. El título era directo y sucinto: “Progresismo”, y se construía en torno a una dicotomía que ponderaba la histórica capacidad de acción y efectividad práctica de “la derecha”, y cuestionaba la incapacidad del “progresismo” para dar respuestas a la crisis que atravesaba el país. En el esquema binario que propone Russo, *la derecha*, incluso aunque no constituya un grupo homogéneo, “no es quisquillosa”, “si hay que digerir sapos, se los traga”, tiene un “instinto de supervivencia poderoso” que le permitiría reagruparse antes casos de emergencia, y sabe “pelear el poder”. Para dar cuenta de aquella efectividad, la autora recurre a una categoría marxista, aunque matice su utilización, en una operación discursiva muy propia de la retórica periodística del progresismo:

“tal vez no se trate de otra cosa que de conciencia de clase” (cursiva mía). Al “progresismo”, en cambio, lo caracteriza como demasiado principista, hipersensible, excesivamente atento a los matices, tendiente a hilar más fino de lo necesario y, por tanto, propicio a la fragmentación y la rencilla entre gente que piensa parecido, pero jamás puede llegar a un acuerdo, mientras “la historia pasa siempre en la otra cuadra” (Página/12, 19-05-2002). Así, mientras unos hacen, otros hablan, discuten, confrontan. Así, para la autora sucede con “el progresismo” lo mismo que con “la izquierda” en torno a la cual ese “progresismo” orbita: “están acostumbrados a ser una expresión tan pulida, tan sutil y tan específica, que cada bloque de la izquierda y sus alrededores pretende expresar con pelos y señales a unos cuantos –o a unos pocos, que a su vez en cada ámbito reproducen el mismo tic–. Nuevamente, Russo recurre a la metáfora atávica e indeleble (tics, taras genéticas, fallas genéticas) para dar cuenta de los males de un “progresismo” que funciona “como un organismo vivo pero con ciertas dificultades motrices” que “late pero no avanza”.

Si puede encontrarse un hilo conductor entre algunas de las ideas de Sandra Russo y las que se generalizarían a lo largo de la década en la prensa de signo “nacional-popular”, hay otros casos en los que la conexión aparece mucho menos directa. La idea de “patria”, revalorizada desde el progresismo nacional-popular sobre todo a partir de la asunción de Néstor Kirchner, no aparece como un valor en el discurso de la periodista. Al contrario, el “amor a la patria” era considerada, no sin “una ligera náusea” como la “fábula de un nosotros accidental” capitalizado por una alteridad que le resultaba ajena y antagónica. En sintonía con el discurso progresista más extendido de los años 90, para Russo, esa alteridad estaba constituida por soldados, generales, ricos, estancieros, damas de beneficencia, directoras de colegios con bigotes, curas, obispos y doñas que ejercían el control de la moral en los barrios, sindicalistas, policías y financistas, pero también gente “con palanca”, coimeros, punteros y concejales, es decir buena parte del repertorio de la política profesional. (Página/12, 30/01/2002)

IV. Dos candidaturas “progresistas”: Kirchner y Carrió en campaña según *3 puntos*, *TXT* y *Veintitrés*.

Desde fines de 2002, Kirchner era presentado en los medios de comunicación como un candidato “progresista”. Tanto *3 puntos* como *Veintitrés* y *TXT* reprodujeron aquella caracterización, pero alternaron expresiones que daban cuenta de cierto entusiasmo con el candidato con otras que invitaban a la desconfianza. Entre las principales razones para esto último se contaban su pertenencia a la “clase política” que había gobernado al país desde la década anterior, su pertenencia al peronismo, la información que circulaba en los medios nacionales respecto de su gestión en Santa Cruz, y su carácter de candidato impulsado por Eduardo Duhalde.

Desde antes del inicio de la campaña Kirchner buscó aparecer en *Veintitrés* y *3 puntos*, ya que eran vidrieras para llegar a públicos que podrían albergar dudas de su figura, pero que podían reportarle votos del no desdeñable y heterogéneo espacio de la centroizquierda. Según Jorge Sigal,

incluso antes de la proyección de Kirchner como candidato a nivel nacional, la revista recibía llamadas recurrentes de Miguel Núñez, el vocero del gobernador santacruceño, para lograr que le hicieran una entrevista o lo pusieran en tapa.

Veintitrés expuso esa tensión entre atracción y desconfianza ya en enero de 2003: en la primera línea de la bajada de una nota de tapa titulada “Quién es Kirchner” la revista se preguntaba “¿Es progre o se hace? (núm. 237, 23-1-2003). Las dudas que expresaba la publicación son las que albergaba buena parte del electorado independiente respecto de Kirchner, un candidato poco conocido al cual, antes de la crisis de diciembre de 2001, la revista solo le había dedicado una nota. Publicada en 1998, en ella se destacaba que, a pesar de sus críticas hacia el entonces presidente, el gobernador de Santa Cruz compartía varias características con Menem: escasa transparencia institucional, poco respeto por la división de poderes, usufructo privado de bienes públicos y voluntad de perpetuación en el cargo. Para una publicación que había hecho de la crítica a la falta de transparencia institucional uno de los elementos centrales de su discurso, aquella semblanza reñía con lo que podía esperarse de un candidato progresista, a menos que se tomara distancia de la posición moral absoluta que habían sostenido hasta el momento, para abonar una más sesgada a la necesidad de posicionarse, ante la contienda política que se avecinaba, contra la posibilidad del regreso de Carlos Menem al gobierno.

Sin embargo, a medida que se acercaba la elección de 2003, los semanarios trataron de resaltar más aquellas características de Kirchner que consideraban como positivas. *Veintitrés*, por ejemplo, lo presentó como “principal referente en la cruzada antimenenemista” (cursivas mías, núm. 237, 23-1-2003, p. 6). La continuidad progresismo-antimenemismo parecía expresarse en el título de la entrevista que el candidato ofreció al semanario en aquella ocasión: “Si Menem vuelve, Argentina explota”, tituló *Veintitrés* (Ib., p.5). En un apartado que acompañaba a aquella nota, se destacaban algunas características del candidato que la revista juzgaba como positivas, como mantener “un discurso y una imagen progresista”, llegar bien a “los independientes” y aparecer como “el único dentro del peronismo con posibilidades de frenar a Carlos Menem” ya que, según sostenía Kirchner, “Argentina tiene que terminar con Menem como España clausuró la etapa de Franco” (ib. P. 9). En esa homologación de una dictadura con un gobierno elegido constitucionalmente, aunque connotado con características negativas, el candidato buscaba aprovechar el lugar de ilegitimidad en el que había caído el “menemismo” desde fines de la década anterior, lugar que *Veintitrés* había contribuido a construir como ningún otro semanario.

Otro procedimiento que compartían candidato y publicación era el señalamiento de supuestas continuidades entre la última dictadura y “el menemismo”. Por ejemplo, tres días antes de las elecciones de abril de 2003, la revista mostró al presidente en tapa con un título similar al del lema del juicio a las Juntas: “Nunca Más” (número 250, 24-4-2003). Pocos días después, ante la renuncia de Menem a presentarse al balotaje electoral, el semanario reiteró una operación similar: publicó en primera página un “antieditorial” con el título “Los mismos” y una foto que mostraba

a Menem con Martínez de Hoz. El texto reproducido era un viejo testimonio del exministro de economía José Alfredo Martínez de Hoz en el que consideraba que la orientación económica del tándem Menem-Cavallo había sido la continuación de la que él había impulsado como funcionario de Videla (núm. 253, 15-5-2003, p. 3). La relevancia de dejar atrás al menemismo también se hacía evidente en la tapa de aquel número, que no mostraba al presidente que asumiría, sino al exmandatario.

Trespuntos, que en sus últimos años cambió su nombre a *3 puntos*, dejó de salir antes de las elecciones del 27 de abril de 2003. Sin embargo, llegó a cubrir los momentos iniciales del lanzamiento político de Kirchner. Como *Veintitrés*, la publicación veía en Kirchner principalmente un oponente competitivo de Menem. Más que su competidora, también ponderaba en el candidato su acercamiento a posiciones progresistas y enfatizaba ya desde la etapa sus diferencias respecto de Eduardo Duhalde. Una nota del periodista Hernán Brienza sobre Kirchner, por ejemplo, llevó por título “Que se vengan los progres”. *3 puntos* hacía más énfasis en los aspectos positivos del candidato y destacaba su vocación por renovar a la política argentina “desde el progresismo más audaz” (núm. 284, 5-12-2002, 4). Para el autor de la nota, Kirchner tenía la oportunidad de convertirse en el “unicornio azul del progresismo argentino”, “alguien capaz de conjugar progresismo político y social con eficiencia y racionalidad económica”. (Ib., p. 7).

Entrevistado para la ocasión, Kirchner expresaba algunas de sus tópicos recurrentes: “queremos darle a Argentina un proyecto nacional, popular, progresista y racional” (Ib., p. 9). Así, parecía retomar, en el contexto emergido de la crisis, el discurso que buscaba aunar “progresismo” y “proyecto nacional y popular”, una operación que tenía antecedentes en publicaciones asociadas a la renovación peronista, como Unidos (Basso, 2010; Brachetta, 2020), la revista El Ojo Mocho (Pulleiro, 2015), o el Frente Grande (Corral, 2016), pero de la cual se habían mantenido al margen desde el retorno de la democracia algunos de los intelectuales que solían ser convocados asiduamente por publicaciones como *Trespuntos*, como Juan Carlos Portantiero, Beatriz Sarlo o Carlos Altamirano.

Sin embargo, también incorporaba un discurso fuertemente basado en la idea de eficacia de la gestión: “creemos que al país hay que darle administración, gobernabilidad, gerenciamiento”, no desde la lógica del Estado benefactor porque se oponía a la idea del “Estado adiposo”, sino desde uno nekeynesiano que propusiera “inversión sin déficit fiscal” (ib.). En esa distinción, Kirchner buscaba distinguirse de su competidor Adolfo Rodríguez Saá, para diferenciar “un modelo conservador popular de uno progresista” (ib.), y auguraba un balotaje con Reutemann, “porque ahí se habría sintetizado un proyecto racional progresista de centro contra un proyecto racional conservador de centroderecha”.

La otra idea que recorre la entrevista es la de Kirchner como alguien no vinculado con la “vieja política”, encarnada por “Alfonsín, Menem y de la Rúa”, con la pelea Menem-Duhalde por el control del “aparato”, ni con el “pejotismo burocrático” (Ib.p.10). Al contrario, Kirchner intentaba

presentar su posición política como una que estaba por encima de la lógica partidista, y llamaba a optar por “un modelo racional de gobernabilidad”, fundamentado en su “larga experiencia” en “gerenciamiento equilibrado” (ib). Aún más, sostenía que, ante la necesidad de reconstruir al país, tampoco era momento para discutir un perfil ideológico para la Argentina. Así, en el momento de proyección nacional inicial de Kirchner, su discurso acerca del “progresismo” todavía no parece estar imbuido de componentes ideológicos o tradiciones políticas fuertes a reivindicar. De hecho, en su etapa “transversal” incluso se esforzaba por mostrarse “poco peronista”, como lo muestran los trabajos de Montero (2009) y Rocca Rivarola (2017). Al contrario, la apelación a un “progresismo” caracterizado en forma lábil resultaba ideal para una construcción política que buscaba sumar apoyos por fuera del peronismo. A pesar de la impronta más bien halagüeña hacia Kirchner de aquel número de *3 puntos*, la pregunta que cierra la entrevista da cuenta de que la publicación también expresaba las reservas de la publicación hacia el candidato: ¿es cierto que usted es progresista en la Capital y autoritario en Santa Cruz”?

TXT haría aún más explícitas aquellas reservas. En el número 8 (9-5-2003), por ejemplo, la revista destacó la continuidad que representaba Kirchner con el gobierno anterior y presentaba al candidato mejor posicionado para el balotaje como “El delfín de Duhalde”. La columna semanal del director de la publicación anunciaba “una disección desde Santa Cruz para entender cómo gobierna, y estar prevenidos. Porque es mejor estarlo: se vienen los muchachos peronistas” (*TXT* núm. 8, 9-5-2003, 3). En otra columna, firmada por el periodista Carlos Barragán y titulada “Robar con onda”, el candidato es presentado como el “nestorgénito de Duhalde” (*TXT* núm. 8, 9-5-2003, 6). De ese modo, se sintetizan en un par de fórmulas algunos de los cuestionamientos que se le imputaban al primer Kirchner: el déficit institucional que supondría haber sido designado como candidato por la mera voluntad de su antecesor y, una vez más, la alusión al acto del “robo” vinculado con la política. Por su parte, el periodista Jorge Camarasa caracterizaba a Kirchner como un “caudillo (...) ni muy progre ni tan transparente y poco afecto a la división de poderes”. Ante la pregunta del entrevistador sobre cómo podía ser progresista y, a la vez, estar aliado al PJ bonaerense, Kirchner respondió:

Lo que pasa es ésta es una etapa de refundación y yo quiero construir política en base a consensos, a acuerdos, frentes. Lo que tenemos que hacer es cualificar el sistema institucional. No hay instituciones respetadas. Hemos quebrado moralmente.

La respuesta de Kirchner anticipaba la estrategia de armado político transversal que impulsaría en su intento de “reconstrucción del poder, la autonomía y la capacidad de intervención del Estado” a partir de su llegada al gobierno (Pucciarelli y Castellani, 2017, 23). A la vez, aludía a unos de los tópicos centrales de su discurso una vez electo presidente: la idea de “refundación”

(Aboy Carlés, 2003, 2005; Ollier, 2005; Murillo, 2017). Además, Kirchner establecía una frontera respecto de aquellos que quedarían excluidos en la etapa que comenzaría: “Le digo con quiénes no: los que no pueden volver son María Julia, Kohan, Kammerath. Ni los nihilistas fundamentalistas, ni los ladrones” (*TXT*, 8-5-2003. 20). Esta última intervención resulta interesante porque Kirchner ponía en un mismo plano de exclusión a un conjunto de políticos a los que vinculaba con hechos de corrupción con aquellos actores que supuestamente carecían de vocación para el compromiso político. Si en 2001-2002 el desprestigio de “los políticos” había alcanzado niveles altísimos y en las notas de los semanarios progresistas los políticos eran presentados como parcial o totalmente responsables de la deriva crítica de la Argentina, en el discurso de Kirchner la (*nueva*) política era la solución. Aunque candidato y semanarios denunciaban desde el lugar del “progresismo”, no caracterizaban el lugar de lo político del mismo modo. En la prensa “progresista”, habituada a un discurso de oposición, ya no bastaría con denunciar a la política desde el escepticismo o la condena a priori.

La otra dirigente que buscaba disputar la presidencia desde posiciones “progresistas” era Elisa Carrió. A fines de 2002, tanto en el periodismo como entre los analistas políticos profesionales, todavía se especulaba acerca de una posible alianza entre la dirigente del ARI y Néstor Kirchner. Sin embargo, también se exhibían las dificultades que implicaría un acuerdo entre ambos dirigentes. La revista *3 puntos* convocó a la politóloga Ana María Mustapic para que diera cuenta de las dificultades para aunar una coalición que integre: “el republicanismo de Lilita Carrió y el decisionismo de Kirchner, dos tradiciones poco fáciles de conciliar en Argentina” (núm. 284, p. 6). Si en primera instancia Kirchner y Carrió parecían compartir los mismos adversarios (principalmente la “vieja política” y los “corruptos”), las diferencias entre ambos comenzaron a hacerse cada vez más evidentes.

La última *3 puntos* solía presentar a Carrió como la dirigente con mejor imagen de la Argentina, y le atribuía características de personaje ejemplar. Por ejemplo, en abril de 2002, la llevó a tapa y cedió sus páginas para que publicara una “Carta urgente a mi país”. En el editorial que justificaba aquella decisión, el jefe de redacción Jorge Sigal escribió que aquello no constituía una adhesión política, sino que era “una forma de decir: aquel que tenga más autoridad que dé un paso al frente” (núm. 252, 25-4-2002). Para Veintitrés, Carrió también representaba una de las formas posibles del progresismo. Como *3 puntos*, también demostraba aquella cercanía refiriéndose a la dirigente por su apodo –Lilita– y solía llevarla a tapa. Pero más que su competidora, sobre todo a partir de 2002, solía dar cuenta de que la dirigente del ARI era más efectiva en la crítica que en la construcción política. A diferencia de Kirchner, sobre quien los semanarios reproducían dudas acerca de su respeto por la institucionalidad republicana, pero no sobre su capacidad de gestión, Carrió seguía apareciendo en los semanarios como una figura moral, vinculada principalmente con las denuncias. En la semblanza del personaje que presenta Veintitrés en mayo de 2003, se

destacan detalles que separan a la dirigente de quienes se habían enriquecido con la política: anda “zaparrastrosa”, y perdió plata al involucrarse en la política. Como Kirchner, Carrió traza una frontera con aquellos que —según sostenía— representaban a la “vieja política”, como Carlos Menem y Raúl Alfonsín (núm. 251, 1-5-2003). Sin embargo, Carrió no dejaba de señalar sus diferencias con el gobernador santacruceño, incluso a pesar de apoyarlo en el balotaje contra Menem. Para la jefa del ARI, aquel aval electoral era comparable al que los socialistas franceses habían otorgado en 2002 a Jacques Chirac para evitar un triunfo de Jean Marie Le Pen, solo para pasar inmediatamente a la oposición ni bien vencido el candidato del Frente Nacional (Íb. p.18). Además, para Carrió, Kirchner no estaba exento de prácticas que lo vinculaban con la “vieja política”:

El autoritarismo provincial, la concentración de poderes, la utilización de fondos públicos en beneficio personal (...) la transacción con aparatos tradicionales de su propio partido para obtener el poder, el no rendimiento de sus gastos de campaña, el pago a encuestadores para trampear resultados que le permitan ubicarse. Y lo mezcla con un discurso seudoprogre. (Íd. p. 18)

La alocución de Carrió comenzaba a entroncar con un discurso que se desarrollará con mayor énfasis a partir de la asunción de Néstor Kirchner: el de un supuesto progresismo “verdadero” que se diferenciaría de sus formas supuestamente impuras: el “falso progresismo”, el “seudoprogresismo”. A partir de la llegada de Néstor Kirchner al gobierno, esa distinción fue enarbolada tanto desde el oficialismo como desde la oposición, aunque destacando, en cada caso, aspectos diferentes del significante progresista.

Para terminar

Como he tratado de demostrar, entre el último menemismo y el preludio a la llegada de Néstor Kirchner al gobierno, el significante “progresista” se fue reconfigurando al compás de las transformaciones políticas y sociales. En la prensa que adscribía a ese signo se pueden encontrar elementos comunes reconocibles, pero también diferencias que se irían haciendo cada vez más significativas a partir del estallido de 2001 y, más enfáticamente, de la llegada de Néstor Kirchner al gobierno.

La crisis de 2001, abordada aquí a partir del análisis de tres intervenciones periodísticas, muestra algunas similitudes entre los tres casos relevados: Jorge Sigal, Jorge Lanata y Sandra Russo. Todos se asumen “progresistas” y escriben en medios identificados con el “progresismo” para públicos caracterizados de ese modo. Todos conceptualizan a la dirigencia nacional como una “clase política”. Sin embargo, reaccionan de modo distinto ante la crisis y buscan explicarla de modo diferente. Desde *3 puntos*, Jorge Sigal admite sus dificultades para dar respuestas al desconcierto de la hora, y cede la palabra a una cantidad de intelectuales y supuestos expertos, e incluso a una dirigente política (Carrió), para que ensayen relatos que ayuden a darle un sentido

a un presente que aparecía como extraviado. Para Lanata, la crisis viene a confirmar sus preconceptos respecto de la existencia de una genética de larga data fundamentada en la pervivencia secular del fenómeno de la corrupción. Sus libros de los años siguientes entroncarán con esa idea: *Argentinos y ADN*. Para Sandra Russo, la responsabilidad por el colapso era compartida por una derecha que había mutado en clave neoliberal y globalizadora, y una clase media progresista que se había refugiado en el consumo cultural y había olvidado sus obligaciones históricas para con la igualdad, algo que, según la periodista, había caracterizado a la generación de los años setenta.

En el otro eje de esta exposición, analizar cómo los semanarios “progresistas” abordaron a las figuras de Néstor Kirchner y Elisa Carrió antes de las elecciones de 2003, también podemos encontrar elementos en común y diferencias. Tanto Kirchner como Carrió asumieron públicamente su condición de “progresistas” (lo que en el caso de Kirchner no niega su condición de peronista), e intentaron mostrarse como representantes de una “nueva política” y, por lo tanto, establecer una frontera con “lo viejo”. Sin embargo, aunque ambos fueron presentados como “progresistas” por la prensa de ese signo, comenzaba a ser cada vez más evidente que lo eran de modos que empezaban a revelarse como muy distintos, algo que quedaría cada vez más claro a partir de la llegada de Kirchner al gobierno, cuando las disputas por el “progresismo” se harían más explícitas y más enconadas.

Referencias

- Abal Medina, J. M. (1998). El partido Frente Grande, análisis de una experiencia inconclusa. *América latina hoy: Revista de ciencias sociales*, (20), 101-110.
- Abal Medina, J. M. (2006). Explicando las causas internas del surgimiento y de la crisis del Frente Grande. En Abal Medina, J. M. (comp.). *Los senderos de la nueva izquierda partidaria*. Buenos Aires: Prometeo.
- Aspiazú, D. y Basualdo E. (2004) Las privatizaciones en la Argentina. Genesis, desarrollo y principales impactos estructurales. Buenos Aires: FLACSO. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/argentina/flacso/azpiazu.pdf>
- Álvarez, G. (2017). *Cómo hablar con un progre. Por qué en vez de hacerla desaparecer la socialdemocracia incrementa la pobreza*. Barcelona: Deusto.
- Basso, G. (2010) *Unidos y separados: La configuración de un peronismo progresista década del '80* [En línea]. Tesis de Licenciatura. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Disponible en: <http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.367/te.367.pdf>
- Bauman, Z. (1997) *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*. Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes.

- Blanco D. y Germano C. (2005) *20 años de medios y democracia en la Argentina*. Buenos Aires: La Crujía.
- Brachetta, M. (2020) *Unidos. una revista para refundar el peronismo*. Rosario: Prohistoria.
- Burkart, M. (2017). *De Satiricón a HUM®: Risa, cultura y política en los años setenta*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Charle, C. (2000) *Los intelectuales en el siglo XIX. Precursores del pensamiento moderno*. Madrid: Alianza.
- Charle, C. (2009) *El nacimiento de los "intelectuales"*. Buenos Aires: Nueva visión.
- Cheresky, I. (2010). Representación institucional y autorrepresentación ciudadana en la Argentina democrática. En Cheresky, I. (comp.). *Ciudadanos y política en los albores del siglo XXI*. Buenos Aires: Manantial.
- Cheresky, I. (2003). Las elecciones nacionales de 1999 y 2001. Fluctuación del voto, debilitamiento de la cohesión partidaria y crisis de representación. En Cheresky, I. y Blanquer, J.M. (comps.). *De la ilusión reformista al descontento ciudadano. Las elecciones en Argentina, 1999-2001*. Rosario: Homo Sapiens.
- Corral, D. (2015). *Otro país es (im)posible. El devenir de la centroizquierda en la Argentina de los noventa. Del Frente Grande a la Alianza*. Polvorines: UNGS.
- Dikenstein V. y Gêné, M. (2014). De la creación de la Alianza a su vertiginosa implosión. Reconfiguraciones de los elenos políticos en tiempos de crisis. En Pucciarelli, A. y Castellani, A. (comps.) *Los años de la Alianza. La crisis del orden neoliberal*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Di Tella, T. (2001). *Historia del progresismo en la Argentina. Raíces y futuro*. Buenos Aires: Troquel.
- Ferrari, M. y Suárez, F.M. (2021), En busca del progresismo anhelado. Algunos debates y propuestas de la centroizquierda argentina (c.1987-1991). *Storia e política*, (XIII-I), 5-30.
- Frankel Paul, E. Miller Jr., F. y Paul, J. (comp.) (2012). Natural Rights Individualism and Progressivism. En *American Political Philosophy: Volume 29, Part 2. Social Philosophy and Policy*: Cambridge University Press.
- Ghiretti, H. (2002) *La izquierda. Usos, abusos, precisiones y confusiones*. Barcelona: Ariel.
- Giddens, A. (1999) *La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia*. Madrid: Taurus.
- Giddens, A. (2018) *Más allá de la derecha y la izquierda. El futuro de la política radical*. Madrid: Cátedra.
- Godio, J. (1994) *El peregrinaje del socialismo de Marx a Yeltsin*. Buenos Aires: El cielo por asalto.
- Godio, J. (1998). *La Alianza. Formación y destino de una coalición progresista*. Buenos Aires: Grijalbo.
- González, H. (1992) *La realidad satírica. Doce hipótesis sobre Página/12*. Buenos Aires: Paradiso.

- Halperín, J. (2006) *El progresismo argentino. Historia y actualidad*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Heram, Y. (2010). “La temática televisiva en las publicaciones del nuevo periodismo. Breve análisis de la revista Página/30”. VI Jornadas de Sociología de la UNLP, 9 y 10 de diciembre de 2010, La Plata, Argentina. En Memoria Académica. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.5700/ev.5700.pdf
- Ingenieros, J. (1957) *Sociología Argentina*. Buenos Aires: Elmer
- Kitzberger, P. y Lodola, G. (2017) Politización y confianza en los medios de comunicación: Argentina durante el kirchnerismo. En Revista de Ciencia Política / volumen 37 / n° 3 / 2017 / 635-658
- Laclau, E. y Mouffe, C. (1987) *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Siglo XXI: Madrid.
- Manin, B. (1998) *Los principios del gobierno representativo*. Madrid: Alianza
- Martínez Mazzola, R. (2016). Una ruptura en la tradición: *La Ciudad Futura* y la construcción de una izquierda democrática, 1986-1991. *Izquierdas*, (28), 248-273. doi: <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-50492016000300010>
- Mauro, S. (2007). Mutación, crisis, recomposición, y otra vez crisis de la representación política en la Ciudad de Buenos Aires. Los avatares del signo Progresista. *Argumentos. Revista de crítica social -IIGG-FSOC-UBA* (8). Recuperado de: <http://publicaciones sociales.uba.ar/index.php/argumentos/article/view/854/740>
- Mauro, S. (2010) Prédica y crisis de la retórica progresista en la ciudad de Buenos Aires (2003-2006). En AA.VV., *Las izquierdas latinoamericanas. De la oposición al gobierno*. Buenos Aires: CLACSO.
- Mercader, S. (2018): *Punto de Vista and the Argentine Intellectual Field: From Dictatorship to Democracy* (tesis doctoral inédita). University of Warwick.
- Minutella, E. y Álvarez, M. N. (2019). *Progresistas fuimos todos. Del antimenemismo a Kirchner, cómo construyeron el progresismo las revistas políticas*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Minutella, E. y Suárez, F. (2021) “Huérfanos, indignados y escépticos. La breve agonía de la Argentina frepasista”. En Facundo Cruz y Gastón Pérez Alfaro (comp.) *Después del terremoto: el sistema político argentino a 20 años de la crisis de 2001*, Buenos Aires: China Editora.
- Montero, A. S. y Vincent, L. (2013) Del “peronismo impuro” al “kirchnerismo puro”: la construcción de una nueva identidad política durante la presidencia de Néstor Kirchner en Argentina (2003-2007). En *POSTData 18, N°1*, págs. 123-157.
- Montero, A. S. Puesta en escena, destinación y contradestinación en el discurso kirchnerista (Argentina, 2003-2007) En *Discurso & Sociedad* 3(2) 2009, 316- 347.
- Murillo, V. (2017)

- Neiburg, F. y Plotkin, M. (2004). *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en Argentina*. Buenos Aires: Paidós.
- Novaro, M. y Palermo V. (1998). *Los caminos de la centroizquierda. Dilemas y desafíos del Frepaso y de la Alianza*. Buenos Aires: Losada.
- Novaro, M. (2002) “La Alianza, de la gloria del llano a la debacle del gobierno”. En Novaro, M (comp.), *El derrumbe político en el ocaso de la convertibilidad*, Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- Nugent, W. (2009), *Progressivism: A Very Short Introduction*. Oxford : Oxford University Press.
- Pucciarelli, A (2011). Menemismo. La construcción política del peronismo neoliberal.
- Pucciarelli, A (2014). Crisis sobre crisis: la ley de Déficit Cero. Golpe de mercado, retorno a la ultraortodoxia, crisis política y comienzo de la resistencia popular. En Pucciarelli, A. y Castellani, A. (comps.) *En Los años de la Alianza*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ollier, M.M. (2001) *Las coaliciones políticas en la argentina. el caso de la Alianza*. Buenos Aires: FCE
- Ollier, M. M. (2009). *De la Revolución a la Democracia: cambios privados, públicos y políticos de la izquierda revolucionaria*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Ollier, M.M. (2010) “Kirchner al poder institucional e informal (2003.2010)”. En *Temas y Debates*. ISSN 1666-0714, año 14, número 20, pp. 39-58.
- Pereyra, S. (2013) *Política y transparencia. La corrupción como problema público*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Pereyra, S. (2013) “EL 2001 como acontecimiento y como proceso. Desestructuración social y crítica de la política”. En Pérez, G., Vommaro, G. y Pereyra, S. *La grieta: política, economía y cultural después de 2001*. Buenos Aires: Biblos.
- Peruzzoti, E. y Smulovitz, C. (ed.) (2002) *Controlando la política: ciudadanos y medios en las nuevas democracias latinoamericanas*. Buenos Aires: temas.
- Pestritto, R. (2021), *America Transformed .The Rise and Legacy of American Progressivism*. New York: Encounter Books
- Plotkin, M. y González Leandri, R. (2000). El regreso a la democracia y la consolidación de nuevas élites intelectuales. El caso de *Punto de Vista: revista de cultura*. Buenos Aires (1978-1985). En Plotkin, M. y González Leandri, R. (Eds.). *Localismo y globalización. Aportes para una historia de los intelectuales en Iberoamérica*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Historia.
- Pousadela, I. M. (2002). *La oposición progresista frente al consenso neoliberal. Acerca de la relación entre política y economía en la Argentina de los años '90* (tesis de maestría inédita). IDAES-UNSAM.
- Pousadela, I. M. (2010). Introducción. En Alegre, P. [Ed.]. *Las izquierdas latinoamericanas: De la oposición al gobierno*. Ciudad de Buenos Aires: CLACSO.

Quiroga, H. (1998): “Esfera pública, política y ciudadanía. Dilemas de la política democrática argentina”, en Gaveglío, S. y Manero, E. (comps.) *Desarrollos de la teoría política contemporánea*; Rosario: Homo Sapiens; P.p. 81 a 97.

Quiroga, H. (2010) *La república desolada. Los cambios políticos en la Argentina (2001-2009)*. Buenos Aires: Edhasa.

Raffo, G. y Noriega, G. (2013). *Progresismo. El octavo pasajero. Historia enciclopédica (parcial) del malentendido que destruyó la política argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.

Reyes, F. “Religiones de la política en la Argentina finisecular. La sacralización de la identidad en el radicalismo y el socialismo (1890-1912)”. *Revista Temas y Debates*. ISSN 1666-0714, año 22, número 36, julio-diciembre 2018, pp. 85-111. Sáez, F. (2017). *Progresismo. Una inmersión*. Madrid: Tibidabo.

Rocca Rivarola, D. (2017) “La militancia kirchnerista. Tres momentos del compromiso activo oficialista (2003 y 2015). En Pucciarelli, A. (comp.) *Los años del kirchnerismo. La disputa hegemónica tras la crisis del orden neoliberal*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Saferstein, E. (2021) *Cómo se fabrica un bestseller político. La trastienda de los éxitos editoriales y su capacidad de intervenir en la agenda pública*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Sartori, G. (1993). *La democracia después del comunismo*. Madrid: Alianza.

Sidicaro, R. (2002) *Los tres peronismos. Estado y poder económico*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Shuttenberg, M. (2014) La oposición al kirchnerismo. Una aproximación a los posicionamientos y reconfiguraciones de la ‘centro derecha’ (2003-2011); Universidad Nacional de mar del Plata. Facultad de Humanidades. Departamento de Sociología; *Revista Sudamérica*; 3; 10-2014; 51-74.

Svampa, M. (2013) La década kirchnerista: Populismo, clases medias y revolución pasiva. En *Lasforum*: volume xlv: issue 4

Taroncher, M. A. (2009). *La caída de Illia. La trama oculta del poder mediático*. Buenos Aires: Vergara.

Torre, J. (2003). Los huérfanos de la política de partidos. Sobre los alcances y la naturaleza de la crisis de representación partidaria. *Desarrollo Económico*, 42 (168), 647-665. doi: 10.2307/3455908

Vattimo, G. y Rovatti, P (1988). *El Pensamiento débil*. Madrid: Cátedra,

Verón, E. (1985). “El análisis del ‘contrato de lectura’. Un nuevo método para los estudios de posicionamiento de los soportes de los media”. *Les Medias: Experiences, recherches actuelles, applications*. París: IREP.

Vicente, M. y Shuttenberg, M. (2021). De la ética capitalista al posliberalismo: Mariano Grondona y una lectura culturalista-política del desarrollo liberal en democracia (1983-1999). *POSTData* 26(1), 125-152. <http://www.revistapostdata.com.ar/v2/wp-content/uploads/2021/05/postdata-26-1-vicente.pdf>

- Vincent, L. (2013) "La disputa por la mediación durante el kirchnerismo en la Argentina" En *Confines*, 7/13, pp. 49-81.
- Vincent, L. (2017) "El kirchnerismo y los medios: entre el control y la polarización". En *Temas y Debates*, año 21, núm. 34, pp. 101-134.
- Visacovsky, S. (2017). *Intérpretes públicos, teodiceas de la nación y la creación del futuro en la crisis de inicios del siglo XXI en Argentina*. En Castillejo Cuéllar, A. *La ilusión de la justicia transicional: perspectivas críticas desde el Sur global*. Bogotá: Uniandes.
- Vommaro, G. (2008). *Mejor que decir es mostrar. Medios y política en la democracia argentina*. Buenos Aires; UNGS/Biblioteca Nacional.
- Vommaro, Gabriel (2008) "*Lo que quiere la gente*". *Los sondeos de opinión y el espacio de la comunicación política en Argentina (1983-1999)*, Buenos Aires: Prometeo.
- Vommaro, G. y Baldoni, M. (2012). Bernardo y Mariano: las transformaciones del periodismo político en Argentina de los años ochenta a los años noventa. *Medialogos. Revista de Comunicación Social* 2, pp. 59-81.
- Vommaro, G. y Shulliaquer, I. (2020) La polarización política, los medios y las redes. *Coordenadas de una agenda en construcción*. En *Revista SAAP* (ISSN 1666-7883) Vol. 14, N° 2, noviembre, 235-247.
- Waisbord, S. (2000), *Watchdog Journalism in South America. News Accountability, and Democracy*, New York: Columbia University Press.
- Waisbord, S. (2013)
- Watson, B. (2020) *Progressivism: The Strange History of a Radical Idea*. Notre Dame, Indiana : University of Notre Dame Press
- Winock, M. (2010) *El siglo de los intelectuales*. Buenos Aires: Edhasa.
- Wortman, A. (2007) *Construcción imaginaria de la desigualdad social*. Buenos Aires: Clacso.
- Zicari, J. (2017) Las coaliciones neoliberales en la Argentina. Los casos de la Alianza y Cambiemos. En *Realidad económica* 307 (1°.04/15.05.2017)
- Zugarramurdi, M. (2007) *Significaciones del progresismo en la Argentina*. Tesis de licenciatura inédita. Carrera de Ciencias de la Comunicación, Universidad de Buenos Aires.